

Hablar con extraños



Malcolm
Gladwell

¿Cómo pudo un espía pasar años sin ser detectado en los más altos niveles del Pentágono? ¿Qué llevó a Neville Chamberlain a creer que podía confiar en Adolf Hitler? ¿Qué tienen en común esos casos con el engaño de Bernie Madoff, el juicio de Amanda Knox, el suicidio de Sylvia Plath o la comedia de televisión *Friends*? Cuando interactuamos con desconocidos, a menudo las cosas no salen bien, en parte porque creemos adivinar las intenciones de los demás basándonos en pistas terriblemente endebles.

En *Hablar con extraños*, Malcolm Gladwell, el autor que ha conquistado a una legión de admiradores con su particular manera de ver el mundo, entrevista a toda una serie de personas brillantes, ofrece un arsenal de ejemplos divertidos, contraintuitivos y convincentes, extrae de ellos ideas poderosas y las condimenta con abundantes datos inolvidables. Al mostrarnos por qué se nos da tan mal leer entre líneas, revela las claves para lidiar mejor con los desconocidos en nuestra vida.

En este nuevo viaje a lo inesperado, Gladwell nos ofrece nuevos y valiosos descubrimientos sobre nosotros mismos, pasados por el prisma de la historia, la psicología y la sociología.

	HABLAR CON EXTRAÑOS
	DEDICATORIA
	INTRODUCCIÓN
PARTE 1	ESPÍAS Y DIPLOMÁTICOS: DOS ENIGMAS
	1. La revancha de Fidel Castro
	2. Conocer al <i>Führer</i>
PARTE 2	EL SESGO DE VERACIDAD
	3. La reina de Cuba
	4. El loco sagrado
	5. Estudio de caso: El niño en la ducha
PARTE 3	TRANSPARENCIA
	6. La falacia de <i>Friends</i>
	7. Una explicación (breve) del caso Amanda Knox
	8. Estudio de caso: La fiesta universitaria
	LECCIONES

PARTE 4

9. JSM: ¿Qué ocurre cuando el desconocido es un terrorista?

PARTE 5

ACOPLAMIENTO

10. Sylvia Plath

11. Estudio de caso: Los experimentos de Kansas City

12. Sandra Bland

AGRADECIMIENTOS

CRÉDITOS DE LAS ILUSTRACIONES

SOBRE EL AUTOR

NOTA

NOTAS

NOTAS EXPLICATIVAS

A Graham Gladwell (1934-2017).

NOTA DEL AUTOR

Hace muchos años, cuando vinieron mis padres a visitarme a Nueva York, decidí alojarlos en el Mercer. Fue una pequeña travesura por mi parte. Se trata de un hotel elegante y exclusivo, el tipo de sitio donde se alojan los famosos y famosetes. Mi padre y mi madre eran ajenos a esta realidad. Él, en particular, no veía la televisión, ni iba al cine ni escuchaba música popular. Posiblemente pensaba que la revista *People* era una publicación antropológica. Sus áreas de especialización eran muy específicas: las matemáticas, la jardinería y la Biblia.

Fui a recogerlos para ir a cenar y le pregunté a él cómo había ido el día. «¡Maravilloso!», me dijo. Al parecer, se había pasado la tarde conversando con un hombre en el vestíbulo. Este era un comportamiento de lo más habitual en mi padre. Le gustaba hablar con desconocidos.

—¿De qué hablasteis? —le pregunté.

—¿De jardinería! —dijo mi padre.

—¿Cómo se llamaba?

—Ah, no tengo ni idea. Pero todo el tiempo venía gente a sacarle fotos y a hacerle firmar papelitos.

Si hay un famoso de Hollywood que recuerde haber estado charlando con un inglés barbudo hace mucho tiempo en el vestíbulo del hotel Mercer, le ruego que se ponga en contacto conmigo.

Todos los demás asimilemos la lección. A veces, las mejores conversaciones entre desconocidos son las que permiten al desconocido seguir siendo un desconocido.

INTRODUCCIÓN

«¡Bájese del coche!»

I

En julio de 2015, una joven afroamericana llamada Sandra Bland conducía desde su ciudad, Chicago, a una pequeña localidad una hora al oeste de Houston^[1]. La iban a entrevistar para un trabajo en la Universidad Prairie View A&M, donde se había graduado unos años antes. Era alta y llamativa, con una personalidad a la altura. Había pertenecido a la hermandad Sigma Gamma Rho y tocaba en la banda de la universidad. También había sido asistente voluntaria de un grupo de ancianos. Colgaba con regularidad vídeos cortos e inspiracionales en YouTube, bajo el alias «Sandy Speaks», que solían comenzar con un: «Buenos días, mis preciosos reyes y reinas».

Me levanto hoy y no puedo sino alabar a Dios, dándole las gracias. Dándole las gracias no solo porque es mi cumpleaños, sino por mis avances, dándole las gracias por las diferentes cosas que Él ha hecho en mi vida este último año. Haciendo recuento, sin más, de los veintiocho años que llevo en esta tierra, y todo lo que me ha enseñado. Aunque he cometido algunos errores, y claramente la he liado, Él todavía me ama, y quiero que vosotros, mis reyes y reinas, sepáis que también os ama a vosotros^[2].

Bland consiguió el trabajo en Prairie View. Estaba exultante. Su plan era hacer un máster de Ciencias políticas a la vez. La tarde del 10 de julio, salió de la universidad para hacer la compra y, al girar a la derecha para incorporarse a la autovía que circunvala el campus de Prairie View, un policía le dio el alto. Su nombre era Brian Encinia; blanco, de pelo corto y moreno y de treinta años. Fue cortés... al menos al principio. Le dijo que no había señalizado su cambio de carril y le hizo algunas preguntas. Ella las contestó. Entonces Bland encendió un cigarrillo, y Encinia le pidió que lo apagara.

La cámara del salpicadero del coche del agente grabó toda la interacción posterior, que ha sido vista millones de veces en los distintos vídeos de los usuarios de YouTube^[3].

BLAND: Estoy en mi coche, ¿por qué voy a apagar el cigarrillo?

ENCINIA: Vale, baje del coche.

BLAND: No tengo por qué bajarme del coche.

ENCINIA: Bájese del coche.

BLAND: ¿Por qué me...?

ENCINIA: ¡Bájese del coche!

BLAND: No, no tiene usted derecho. ¡No, no tiene usted derecho!

ENCINIA: Bájese del coche.

BLAND: No tiene usted derecho. No tiene usted derecho a hacer esto.

ENCINIA: Tengo derecho; o se baja o la saco yo.

BLAND: Me niego a hablar con usted salvo para identificarme. [*Interferencia*]. ¿Me quiere hacer bajar del coche por no poner el intermitente?

ENCINIA: O se baja o la saco yo. Le estoy dando una orden legal. Bájese del coche ahora o voy a tener que sacarla yo mismo.

BLAND: Y yo voy a llamar a mi abogado^[4]..

Bland y Encinia continúan así durante un tiempo incómodamente prolongado. Las emociones van intensificándose.

ENCINIA: Voy a sacarla de ahí. [*Se inclina y mete los brazos en el coche*].

BLAND: Vale, ¿me va a sacar de mi coche? Fantástico.

ENCINIA: [*Pide refuerzos.*] 2547.

BLAND: Así que esto va en serio.

ENCINIA: Claro que va en serio. [*Agarra a Bland*].

BLAND: ¡No me toque!

ENCINIA: ¡Salga del coche!

BLAND: No me toque. ¡No me toque! No estoy detenida... No tiene derecho a sacarme del coche.

ENCINIA: ¡Está detenida!

BLAND: ¿Estoy detenida? ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué?

ENCINIA: [*A la centralita.*] 2547 County FM 1098. [*Inaudible*]. Mándenme otra unidad. [*A Bland*]. ¡Bájese del coche! ¡Bájese del coche ahora!

BLAND: ¿Por qué me detiene? Se trata solo de una multa por...

ENCINIA: ¡He dicho que salga del coche!

BLAND: Pero ¿por qué me detiene? Acaba de abrir mi...

ENCINIA: Le estoy dando una orden legal. Voy a sacarla de ahí como sea.

BLAND: ¿Me está amenazando con sacarme de mi propio coche?

ENCINIA: ¡Bájese del coche!

BLAND: ¿Y después va a [*interferencia*]?

ENCINIA: ¡La voy a freír! ¡Bájese! ¡Ahora! [*Saca una pistola y apunta a Bland*].

BLAND: Guau, guau... [*Bland sale del coche*].

ENCINIA: Salga. Ahora. ¡Bájese del coche!

BLAND: ¿Por no poner el intermitente? ¿Todo esto por no poner el intermitente?

Bland fue detenida y encarcelada. Tres días después se suicidó en la celda.

II

El caso Sandra Bland surgió en medio de un extraño interludio en la vida pública estadounidense, que había comenzado a finales del verano de 2014, cuando un joven negro de dieciocho años llamado Michael Brown recibió un disparo mortal de un agente de policía en Ferguson^[5]. Al parecer, acababa de robar un paquete de cigarrillos en una tienda. En los años posteriores fue apareciendo un caso mediático tras otro de violencia policial contra la población negra. Hubo revueltas y protestas por todo el país. Nació el movimiento por los derechos civiles Black Lives Matter. Durante un tiempo, esto era de lo que hablaban los estadounidenses. Quizá recuerden algún nombre de las noticias. En Baltimore, un joven negro que respondía al nombre de Freddie Gray fue detenido por llevar una navaja, y entró en coma en la parte trasera de una furgoneta policial. En Mineápolis, un policía dio el alto a otro joven negro llamado Philando Castile, a quien disparó inexplicablemente siete veces después de que le enseñase los papeles del seguro. En Nueva York, un hombre negro llamado Eric Garner fue abordado por un grupo de policías bajo la sospecha de que estaba vendiendo ilegalmente cigarrillos y murió asfixiado en la disputa subsiguiente. En North Charleston, un conductor negro de nombre Walter Scott tuvo que detener el vehículo porque tenía una luz de freno rota, salió corriendo y murió por los disparos efectuados a su espalda por un agente de

policía blanco. Scott falleció el 4 de abril de 2015^[6]. Sandra Bland le dedicó un episodio entero de *Sandy Speaks*.

Buenos días, mis preciosos reyes y reinas. No soy racista. Me crie en Villa Park, en Illinois. Era la única niña negra de un equipo de animadoras blancas [...]. Gente negra, no tendréis éxito en este mundo hasta que aprendáis a trabajar con gente blanca. Quiero que las personas blancas entiendan que de verdad la gente negra está haciendo lo que puede [...]. Y que no podemos evitar cabrearnos cuando vemos situaciones en las que está claro que la vida negra no importaba. Aquellos de vosotros que os preguntáis por qué huía, bueno, maldita sea, en las noticias que hemos visto en los últimos tiempos queda patente que puedes quedarte ahí, hacer caso a los polis y acabar muerto de todas formas^[7].

Tres meses después, ella también estaba muerta.

Hablar con extraños es un intento de comprender qué pasó en realidad aquel día, en el arcén de una autovía de la Texas rural.

¿Por qué escribir un libro sobre un control de tráfico que se acaba torciendo? Porque el debate alumbrado por esta retahíla de casos fue profundamente insatisfactorio. Un bando lo convirtió en una discusión sobre racismo, como si contemplase el caso desde las alturas. El otro examinó cada detalle de cada caso con lupa. ¿Cómo era el agente de policía? ¿Qué hizo exactamente? Unos veían el bosque, pero no los árboles. Los otros veían los árboles, pero no el bosque.

Todos tenían razón, a su manera. Los prejuicios y la incompetencia explican mucho acerca de las disfunciones sociales de Estados Unidos. Pero ¿qué se hace con todos esos diagnósticos, además de prometer, con toda seriedad,

esforzarse más la próxima vez? Hay malos polis. Hay polis sesgados. Los conservadores prefieren la primera interpretación; los progresistas la segunda. Al final, ambos bandos se anularon. Todavía hay agentes de policía que matan a ciudadanos en este país, pero esas muertes ya no abren los telediaros. Sospecho que quizá se haya tenido que parar un momento, durante la lectura, para recordar quién era Sandra Bland. Apartamos estas polémicas después de un intervalo decente de tiempo y pasamos a otras cosas.

Yo no quiero pasar a otras cosas.

III

En el siglo XVI las naciones y estados de Europa estuvieron implicados en casi setenta y ocho guerras. Los daneses lucharon contra los suecos; los polacos, contra los caballeros teutónicos; los otomanos lo hicieron contra los venecianos; los españoles, contra los franceses... y así sucesivamente. Si hubo un patrón común en el interminable conflicto, fue que un porcentaje abrumador de las batallas implicaban a vecinos. Se guerreaba contra personas situadas justo al otro lado de la frontera, que siempre habían estado ahí. O bien, contra alguien dentro de las propias fronteras; la guerra otomana de 1509 fue entre dos hermanos. Durante la mayor parte de la historia humana, los encuentros —hostiles o de otra índole— rara vez han tenido lugar entre desconocidos. La gente a la que se conocía y con la que se peleaba creía con frecuencia en el mismo dios, construía sus edificios y organizaba sus ciudades de la misma manera y libraba las batallas con las mismas armas y de acuerdo a las mismas reglas.

Pero el conflicto más sangriento del siglo XVI no encaja en ninguno de esos patrones. Cuando el conquistador español Hernán Cortés conoció al gobernante azteca Moctec-

zuma II, ningún bando sabía absolutamente nada del otro^[8].

Cortés arribó a México en febrero de 1519 y, poco a poco, avanzó hacia el interior, hasta llegar a la capital azteca de Tenochtitlán. Allí, él y su ejército quedaron deslumbrados. Tenochtitlán era extraordinaria a la vista, bastante más grande e impresionante que ninguna de las ciudades que Cortés y sus hombres hubiesen conocido en su país natal. Estaba en medio de un islote, se conectaba al resto del territorio por puentes y estaba surcada de canales. Contaba con grandes bulevares, acueductos complejos, mercados prósperos, templos levantados en brillante estuco blanco, jardines públicos e incluso un zoológico. Estaba impecablemente limpia, lo que, para alguien criado en la suciedad de las ciudades medievales europeas, debió de parecer casi milagroso.

Uno de los oficiales de Cortés, Bernal Díaz del Castillo, lo recordaba así:

Y desde que vimos tantas ciudades y villas pobladas en el agua, y en tierra firme otras grandes poblaciones, y aquella calzada tan derecha y por nivel cómo iba a México, nos quedamos admirados, y decíamos que parecía a las cosas de encantamiento que cuentan en el libro de Amadís [...]. Y aun algunos de nuestros soldados decían que si aquello que vían si era entre sueños. Y no es de maravillar que yo lo escriba aquí desta manera, porque hay mucho que ponderar en ello que no sé cómo lo cuente: ¡ver cosas nunca oídas ni vistas, ni aun soñadas, como víamos^[9]!

Una asamblea de jefes aztecas recibió a los españoles a las puertas de Tenochtitlán, para luego conducirlos a la presencia de Moctezuma. Este hacía gala de una majestuosidad casi surrealista, transportado en una camilla bordada en oro

y plata y festoneada con flores y piedras preciosas. Un cortesano iba al frente de la procesión, barriendo el suelo. Cortés bajó de su caballo. Moctezuma fue descendido de su camilla. El primero, como el español que era, se dispuso a abrazar al líder azteca... y fue frenado por asistentes de Moctezuma. Nadie abrazaba a Moctezuma. En lugar de eso, ambos hombres se inclinaron el uno ante el otro.

—¿No sois él? ¿Sois Moctezuma?

Moctezuma respondió:

—Sí, soy él^[10].

Ningún europeo había puesto un pie en México antes. Ningún azteca había conocido jamás a un europeo. Cortés no sabía nada de los aztecas, excepto la fascinación que le producían su riqueza y la extraordinaria ciudad que habían levantado. Moctezuma no sabía nada de Cortés, excepto que se había acercado al reino azteca con gran audacia, provisto de armas extrañas y de unos animales grandes y misteriosos, los caballos, que los aztecas jamás habían visto.

¿Puede sorprender que la reunión entre Cortés y Moctezuma haya fascinado a los historiadores durante tantos siglos? Aquel momento —hace quinientos años— en el que los exploradores empezaron a surcar océanos y a acometer valerosas expediciones en territorios previamente desconocidos dio pie al surgimiento de un tipo completamente nuevo de encuentro. Cortés y Moctezuma querían tener una conversación, a pesar de no saber nada el uno sobre el otro. Cuando Cortés preguntó a Moctezuma «¿Sois él?», no hizo esa pregunta directamente, pues solo hablaba español. Tuvo que llevar a dos intérpretes con él. Uno de ellos era una mujer indígena llamada Malinche, a quien los españoles habían capturado algunos meses antes. Conocía la lengua azteca nahuatl y el maya, el idioma del territorio mexicano en el que Cortés había empezado su viaje. Cortés llevaba también consigo a un sacerdote español llamado Gerónimo del Aguilar, que había naufragado en Yucatán

y aprendido maya durante su estancia allí. Así que Cortés hablaba a Aguilar en español, Aguilar traducía al maya para Malinche y ella traducía del maya al nahuatl para Moctezuma; y cuando Moctezuma respondió «Sí, soy él», la larga cadena de traducción se puso en marcha en sentido inverso. Esa clase tan sencilla de interacción cara a cara a la que cada uno de ellos se había sometido durante toda su vida se complicaba ahora, de repente y sin remedio⁽¹⁾.

Cortés fue llevado a uno de los palacios de Moctezuma, un lugar que Aguilar describiría más tarde como un espacio con «innumerables estancias, antecámaras, salones espléndidos, colchones con grandes capas, almohadas de cuero y fibra natural, buenos mantos y admirables túnicas de piel blanca^[12]». Después de la cena, Moctezuma reunió a Cortés y a sus hombres y dio un discurso. Inmediatamente comenzó la confusión. Según interpretaron los españoles las afirmaciones de Moctezuma, el rey azteca hacía una concesión asombrosa: creía que Cortés era un dios, y que con él se cumplía una antigua profecía que decretaba que una deidad exiliada regresaría algún día desde el Este. Así pues, se rendía a Cortés. Se puede imaginar la reacción de Cortés, por cuanto aquella ciudad imponente era ahora efectivamente suya.

Pero ¿es eso realmente lo que quería decir Moctezuma? El nahuatl, la lengua de los aztecas, tenía un modo reverencial. Una figura real como Moctezuma hablaba en una especie de código, según una tradición cultural en la que los poderosos proyectaban su *status* mediante una cuidada y falsa humildad. La palabra en nahuatl para «noble», según señala el historiador Matthew Restall, es casi idéntica a la palabra para «niño». Cuando un gobernante como Moctezuma hablaba de sí mismo como alguien pequeño y débil, estaba, en otras palabras, destacando con sutileza que era respetado y poderoso.

«La imposibilidad de traducir adecuadamente semejante lengua es obvia», escribe Restall: